

CLÁSICOS  
A MEDIDA



Alicia en el País  
de las Maravillas  
Lewis Carroll

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Alicia en el País de las Maravillas*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya

www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Lourdes Íñiguez Barrena, 2011  
© De la ilustración: Iban Barrenetxea, 2011  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa  
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, abril 2011

ISBN: 978-84-667-9498-5  
Depósito legal: Bi. 322-2011  
Impreso en GRAFO, S. A.  
48970 Ariz-Basauri (Vizcaya)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Introducción .....	5
I. Descenso por la madriguera .....	17
II. En un mar de lágrimas .....	25
III. Una carrera electoral .....	31
IV. Un cuento que trae cola .....	37
V. La casa del Conejo Blanco .....	41
VI. El consejo de la Oruga .....	49
VII. Cerdo y pimienta .....	57
VIII. El Gato de Cheshire .....	65
IX. Un té de locos .....	69
X. Un pozo de caramelo .....	77
XI. El jardín maravilloso .....	81
XII. El partido de croquet de la Reina .....	87
XIII. La Duquesa y sus moralejas .....	93
XIV. Historia de la Falsa Tortuga .....	99
XV. La Cuadrilla de la Langosta .....	105
XVI. ¿Quién robó las tartas? .....	113
XVII. La declaración de Alicia .....	121
XVIII. Un largo sueño .....	129
Apéndice .....	133





# Introducción



## Un paseo en barca

El 4 de julio de 1862 es una fecha clave para la literatura universal, porque ese día el joven inglés Charles L. Dodgson, más conocido por el sobrenombre de Lewis Carroll, profesor de Matemáticas en el Christ Church College de Oxford, dio un paseo en barca por el río Támesis, acompañado de tres niñas, hijas del decano de su facultad: Lorina, de trece años, Alicia de diez y Edith de cuatro. De ese paseo iba a surgir uno de los libros más famosos de la literatura de todos los tiempos: *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*.

Pero veamos cómo sucedieron los hechos. El propio autor nos lo cuenta en su Diario; tenía entonces treinta años: *Hemos seguido el río hasta Godstow con las tres pequeñas Liddell; hemos tomado el té a orillas del agua y no hemos vuelto a Christ Church hasta las ocho y media... En esa ocasión les he contado una historia fantástica titulada «Las aventuras sub-*

*terráneas de Alicia», que me he propuesto escribir para ella.* No era la primera vez que Charles Dodgson llevaba a las niñas de excursión para pasar la tarde. Solía hacerlo, junto a otros compañeros profesores, como el reverendo Robinson Duckworth, que en aquella ocasión iba con ellos, lo mismo que lo había hecho poco antes en otra similar, en la que les estalló una tormenta y todos se mojaron.

Mucho más tarde, para un artículo en el periódico *New York Times*, el 4 de abril de 1928, Alicia Liddell recordaría también aquel día: *Muchos de los cuentos del Sr. Dodgson nos fueron contados en nuestras excursiones por el río, cerca de Oxford. Me parece que el principio de «Alicia» nos fue relatado en una tarde de verano, en la que el sol era tan ardiente que desembarcamos en unas praderas... para refugiarnos a la sombra de un montículo de paja. Allí, las tres repetimos nuestra vieja petición: «Cuéntenos una historia» y así comenzó su relato. Algunas veces, para hacernos rabiar, el Sr. Dodgson se paraba de repente: «Esto es todo hasta la próxima vez» y «¡Oh! —decíamos nosotras a punto de llorar— todavía no es la hora de irse a la cama» o «Ya es la próxima vez». Y él seguía.*

El mismo Dodgson escribió un poema como prólogo del libro, donde igualmente cuenta la excursión.

Como siempre, el serio profesor improvisó el relato y tanto les gustó a las niñas, especialmente a Alicia, que le pidieron que lo escribiera, y así lo hizo, tras una noche en vela tratando de recordar la disparatada historia que les había contado. No obstante, tardó bastante tiempo en darle forma; por fin, el texto escrito a mano e ilustrado por él mismo, se lo entregó a Alicia como regalo de Navidad en 1864. Hoy ese manuscrito se conserva en la British Library de Londres.



## Un País Maravilloso

El argumento de esta obra es muy simple: Alicia está sentada junto a su hermana a la orilla del río, aburrida mientras esta lee; de pronto ve a un Conejo Blanco que pasa hablando solo y que se mete en su madriguera. Ella lo sigue y cae por un profundo agujero que la va a llevar hasta un mundo extraño, pero maravilloso, donde vivirá múltiples y curiosas aventuras... *Wonderland* es una palabra inglesa que no solo aparece en la literatura popular, sino que los ingleses la utilizan en el habla común para referirse a un lugar de ensueño..., el paraíso en el que muchos de nosotros quisiéramos estar o al que nos gustaría ir.

Este lugar maravilloso es original y mágico; atrayente, pero desconocido y hasta inquietante, porque en él las cosas no son como en la realidad, sino que todo parece vuelto del revés. Las criaturas que lo habitan están humanizadas y cada una tiene su nombre, que el autor escribe con mayúscula: la mayoría son animales, pero otras no, como la Reina de Corazones. El único ser humano que se va a mover en él es Alicia y representa a una niña inglesa de clase media, bien educada y, por tanto, acostumbrada a aceptar las normas que los mayores le imponen, así como sus rarezas y manías. En este mundo, donde nada es como se espera que sea, ella misma sufre una serie de cambios en su aspecto y también en su carácter, hasta el punto de que llega a estar tan confundida que no sabe ni quién es.

El espacio del relato también varía continuamente y los seres y las cosas aparecen y desaparecen. No obstante, cuando nos damos cuenta, Alicia no se ha movido de la orilla del río donde estaba sentada. Y con el tiempo ocurre lo mismo, se juega con una doble referencia: el tiempo real, que

transcurre en pocas horas, las que puede durar una siesta, y el tiempo imaginario, el del viaje fantástico, en el que no hay reloj, salvo en la casa de la Liebre de Marzo, que siempre es la hora del té.

### **El arte del *nonsense***

El autor, Lewis Carroll, juega con lo que en inglés se llama *nonsense*, es decir, el sinsentido, lo que no tiene lógica o es incomprendible. Y, en efecto, tan disparatadas son las andanzas en las que se mete Alicia, como descabellados los personajes con los que se encuentra; el Gato de Cheshire los define así: *aquí todos estamos locos*. Frase que no sabemos bien si debemos entender como una afirmación generalizada, consecuencia de vivir en un mundo sin sentido o, por el contrario, como una necesidad para adaptarse a él.

Y, por último, el lenguaje también es una pura hipérbole; se juega con las palabras, tanto en lo que afecta a su significado como a su significante o sonido, hasta llevarlas al desatino. Aquí radica precisamente una de las grandes dificultades de la traducción de la obra, debido a que la mayoría de esos juegos se pierde al pasarlos a otro idioma. Esto no invalida el gusto que sentimos cuando nos zambullimos en los diálogos, que son ligeros y frescos, como surgidos de la improvisación del habla coloquial, pues no en vano la historia surgió de forma oral.

En resumen, todo el libro es una gran metáfora y Lewis Carroll nos invita a pasar al otro lado del espejo.

## Una obra para niños de ocho a ochenta años

La sensación final que nos queda ante todo este mundo descompuesto es justamente esa: que el mundo está loco. ¿Es esto lo que nos ha querido decir Lewis Carroll? ¿Así pensaba él que los niños veían el mundo de los mayores o es como él así realmente lo veía y lo quiso reflejar?

Sea como sea, este libro es un clásico de la literatura infantil y desde que la propia Alicia Liddell lo escuchó aquella calurosa tarde de verano no ha dejado de encandilar a los miles de niños que lo han leído.

*Alicia en el País de las Maravillas* admite, en suma, muchas lecturas. Podemos leerlo con los ojos alegres e inocentes del niño que todos llevamos dentro o con la mirada crítica, aunque serena, del adulto. ¿Y por qué no hacerlo de las dos maneras?

## Esta edición

La obra que aquí presentamos es una traducción y adaptación del original. El texto inglés ha sido respetado, pero hemos simplificado los poemas que en él se intercalaban, por ajustarse demasiado a una época muy lejana para nosotros; así mismo, nos hemos visto obligados a cambiar la mayoría de los juegos del lenguaje inglés, algunos verdaderos modelos del *nonsense*, para buscar otros que tuvieran sentido en castellano. Con todo, el espíritu con que Lewis Carroll escribió su libro se ha conservado plenamente.





Alicia en el País  
de las Maravillas



*En la tarde dorada,  
nuestra barca se desliza  
plácidamente guiada  
por las inexpertas manos  
de unas niñas.  
¡Ay! Son tres las que,  
en esa hora en que todo  
invita a soñar  
y el viento apenas  
levanta una pluma,  
me piden que  
invente un cuento.  
¿Y cómo puedo oponer mi voz  
a tres gargantas juntas?  
La primera ordena:  
«empieza ahora mismo».  
La segunda, más cordial,  
solo pide: «que hable  
de cosas sin sentido»;  
mientras que la tercera  
interrumpe a cada momento...*



*Así surge el relato  
del País de las Maravillas,  
en el que una niña  
habla con los animales  
y los pájaros más raros.  
Y poco a poco el cuento  
se va desarrollando,  
hasta quedar terminado.  
Para casa remamos alegres  
cuando el sol ya se pone...  
¡Alicia, toma en tus manos  
esta historia infantil y  
ofrécela a la Memoria,  
como hacen los peregrinos  
con los ramos de flores  
cuando vuelven de tierras lejanas!*





## Descenso por la madriguera



**A**licia empezaba a cansarse de estar sin hacer nada junto a su hermana en la orilla del río. De vez en cuando, echaba una mirada al libro que aquella leía, pero en él no había ni dibujos ni diálogos. «¿Y para qué sirve un libro —pensó— que solo tiene letras?».

Así que estaba considerando, dentro de sus posibilidades, pues el calor del día la hacía sentirse adormilada y torpe, si el placer de tejer una guirnalda de margaritas le compensaría de la molestia de tenerse que levantar a cogerlas, cuando de repente un Conejo Blanco con ojos rosas pasó muy ligero a su lado. Nada destacable habría habido en ese hecho a no ser porque oyó que el Conejo se decía a sí mismo: «¡Jolines, voy a llegar tarde!», y, al decirlo, sacó de su chaleco un reloj de bolsillo y lo miró, apretando el paso aún más. Entonces, Alicia dio un salto, pues nunca había visto antes un Conejo con un reloj de bolsillo, y llena de curiosidad salió tras él, justo en el momento en

que el Conejo se metía de cabeza por una madriguera que había bajo un seto.

No lo pensó dos veces y lo siguió, sin plantearse cómo demonios iba a poder salir de aquel agujero. La madriguera se adentraba por un túnel recto durante un trecho, pero de repente caía en vertical y así Alicia se vio cayendo hacia abajo por un profundo pozo sin poder parar, pero lo suficientemente despacio como para ver que en sus paredes había armarios y estanterías repletas de mapas y cuadros. En una de ellas había un bote que decía: *Mermelada de naranja*, pero ¡qué pena!, estaba vacío, así que lo dejó en otra estantería: «¡Bueno —se dijo—, después de semejante caída ya no tengo nada que temer si me caigo por las escaleras! ¡Qué valiente van a pensar que soy en casa! Aunque yo no pienso decir nada de esto».

Abajo, abajo, abajo. «¿Es que este descenso nunca se va a terminar? Me pregunto cuántas millas<sup>1</sup> habré bajado. Debo de estar ya cerca del centro de la Tierra. A ver, eso serían cuatro mil millas». Como veis, Alicia había aprendido cosas como esta en la escuela y aunque no era el mejor momento para lucir sus conocimientos, porque allí no había nadie para escucharla, sí era una buena oportunidad para ponerlos en práctica.

Al rato, continuó su reflexión: «Me gustaría saber si estoy atravesando la Tierra en línea recta. ¡Qué divertido sería aparecer entre la gente que camina cabeza abajo! Las Antipáticas creo que se llaman —se alegró de que no hubiera nadie escuchándola, porque el nombre no le sonó muy bien—. Tendré que preguntar el nombre del país: Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia? —y al decirlo intentaba hacer una reverencia;

---

<sup>1</sup> *Milla*: unidad de longitud que mide 1 600 m, si es terrestre, y 1 850 m, si es marítima. Otras medidas similares del sistema anglosajón que vamos a encontrar son: la yarda, que equivale a 91,5 cm aproximadamente; el pie, 30 cm; y la pulgada, 2,5 cm.



¿os imagináis cómo se puede hacer una reverencia mientras uno está cayendo?— ¡Y qué ignorante pensaría que soy! No, nunca preguntaré eso; esperaré a verlo escrito en algún sitio».

Abajo, abajo, abajo. No había nada más que hacer; así que Alicia siguió hablando consigo misma: «Dina me echará mucho de menos esta noche —Dina era su gata—. Espero que se acuerden de ponerle su platito de leche a la hora del té. Dina querida, me gustaría que estuvieras aquí conmigo. No hay ratones en el aire, pero podrías cazar murciélagos; son muy parecidos a los ratones. Pero ¿comen los gatos murciélagos? —y como le iba entrando sueño, continuó repitiendo—: ¿comen los gatos murciélagos? —y a veces—, ¿comen los murciélagos gatos?». Porque como no podía contestar a ninguna pregunta, no importaba mucho de qué manera las hiciera.

Y de pronto, ¡zas!, cayó sobre un montón de ramas y hojas secas. La bajada había terminado. No se había hecho ni un rasguño, así que saltó y miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Delante de ella se abría otro largo corredor y vio al Conejo Blanco meterse por allí. Sin perder un instante, lo siguió y pudo oírle decir: «¡Oh, por mis orejas y mis bigotes, qué tarde es!»; pero cuando volvió una esquina, el Conejo había desaparecido. Alicia se encontró en una sala larga y baja, que estaba iluminada por una hilera de lámparas que colgaban del techo. Había varias puertas alrededor de la sala, pero todas estaban cerradas. Después de haberlo comprobado una y otra vez, se fue tristemente hacia el medio de la sala, preguntándose cómo iba a salir de allí. Entonces, se fijó en una mesita de cristal sobre la que había una diminuta llave de oro y lo primero que pensó es que correspondería a alguna de las puertas; pero ¡no!, la llave era demasiado pequeña para ellas. Sin embargo, en una segunda exploración se dio cuenta de que detrás de una cortina había

una puerta pequeñita en la que no había reparado antes, probó la llave y con gran alegría vio que era la suya.

Alicia abrió la puerta y descubrió que daba a un pasadizo no más grande que una ratonera. Se arrodilló y pudo ver que al otro lado del pasillo aparecía el más precioso jardín que hayáis visto jamás. ¡Cómo deseaba salir de aquella sala oscura y poder pasear por entre la alfombra de coloridas flores y frescas fuentes!; pero apenas sí podía meter la cabeza por el hueco de la puerta. «¡Oh! Si pudiera plegarme como un telescopio —se dijo—. Si supiera cómo, lo haría». Porque, como sabéis, a Alicia le habían pasado tantas cosas sorprendentes últimamente, que había empezado a pensar que solo muy pocas eran realmente imposibles.

No tenía sentido esperar junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, confiando en encontrar otra llave o, quizá, un libro de instrucciones para plegar a la gente como telescopios. En ese momento vio una botellita sobre la mesa, que (no tenía duda) antes no estaba, y de su cuello colgaba una etiqueta que decía *BÉBEME*, con primorosas letras mayúsculas impresas.

Estaba muy bien eso de que dijese «BÉBEME», pero Alicia era lo suficientemente lista como para no hacerlo a la carrera: «No; primero la miraré bien —se dijo—, no vaya a ser que diga *Veneno*» por alguna parte, pues ella había leído algunas historias de niños que habían resultado quemados o comidos por las fieras u otras cosas horribles, y todo porque no siguieron las normas que los mayores les habían enseñado, tales como que un atizador al rojo quema si se coge mucho rato; o que si te haces un corte profundo en un dedo sangra; o que si te bebes un veneno, lo más fácil es que tarde o temprano te haga daño.

Pero este bote no decía «Veneno», así que Alicia se atrevió a probarlo y, como estaba muy rico —su sabor era una mezcla de



tarta de cereza, crema, piña, pavo asado, caramelo y tostada con mantequilla—, enseguida se lo terminó. «¡Qué sensación tan curiosa! —experimentó—. Debo de estar plegándome como un telescopio».

Y así era, en efecto, se había encogido hasta las diez pulgadas y su cara resplandecía, pues pensó que ahora tenía la medida justa para pasar por la puertecita y entrar en el precioso jardín. Sin embargo, todavía esperó un poco más para comprobar si seguía menguando; se sentía nerviosa porque no sabía cuál sería el final del proceso: «A ver si voy a consumirme como una vela. ¿Y entonces qué me pasaría?» —se decía, mientras trataba de imaginarse cómo debe de ser una llama cuando la vela se ha apagado, pues no recordaba haber visto eso nunca.

Pasó un rato y como vio que no ocurría nada más, decidió entrar en el jardín; pero ¡pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta se dio cuenta de que había olvidado la llave; volvió a la mesa, pero no podía alcanzarla; la veía a través del cristal y trató de escalar una de sus patas; pero se resbalaba. Lo intentó una y otra vez hasta acabar agotada y, entonces, se sentó en el suelo y empezó a llorar.

«¡Vamos, de nada sirve llorar así! —se dijo con severidad—. ¡Te aconsejo que pares ahora mismo!». Generalmente se daba muy buenos consejos, aunque raramente los seguía, y de vez en cuando se reñía con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. E incluso una vez recordaba que había intentado darse una bofetada por haberse hecho trampas en una partida de croquet<sup>2</sup> que jugaba contra ella misma. Porque esta curiosa chiquilla era muy aficionada a jugar a ser dos personas. «¡Pero ahora no sirve

---

<sup>2</sup> *Croquet*: juego inglés que consiste en impulsar con un mazo unas bolas de madera, para hacerlas pasar bajo unos arcos plantados en el suelo, siguiendo un itinerario marcado y unas reglas determinadas.

de nada —pensó la pobrecita— pretender ser dos personas, pues no ha quedado de mí lo suficiente ni para ser una!».

Poco después, sus ojos se toparon con una cajita de cristal que había debajo de la mesa; la abrió y encontró un pastel con un adorno de crema que decía *CÓMEME*: «Bien, te comeré —se dijo—, y si me hace crecer, alcanzaré la llave y si me reduce aún más, me deslizaré por debajo de la puerta; así que no me importa lo que me pase, de cualquier forma iré al jardín».

Le dio un mordisco y se dijo ansiosamente: «¿Por dónde?, ¿por dónde?», colocándose una mano en la cabeza para comprobar por dónde iba a crecer; pero su tamaño no varió y eso le sorprendió. Cuando se come pastel, uno espera que pase algo fuera de lo normal; de modo que le pareció completamente soso y estúpido que la vida siguiera su curso como de costumbre. En consecuencia, en un santiamén acabó con el pastel.